

La perdurabilidad de los clásicos: la “Revolución Pospuesta” cuarenta años después

Por: Fabio Fernández Batista

Las luchas por la independencia nacional han sido objeto de reiterados acercamientos por parte de la historiografía cubana. Desde disímiles perspectivas, se ha examinado el heroico bregar de los mambises en los decenios conclusivos del siglo XIX. El continuo examen de la gesta anticolonialista decimonónica ha estado marcado por la presencia de un discurso de tintes nacionalistas abocado a la exaltación de los padres fundadores de la patria. Tal matriz discursiva – plenamente coherente con los usos de la historia dentro de un contexto social dado – ha resultado, en ocasiones, obstáculo para una interpretación objetiva de este proceso. Pese a los indudables avances investigativos alcanzados, aún perduran interpretaciones sesgadas, incapaces de asumir el estudio de esta problemática en su total conflictividad.

Desde la propia Guerra de los Diez Años comenzó a construirse un mito en torno al mambisado. La reflexión historiográfica sobre el enfrentamiento a la opresión española convergió con la apología de aquellos héroes que, machete en mano, se lanzaron a la conquista de la libertad. Al tiempo que se erigían pedestales, quedaba en las sombras la siempre imperfecta humanidad de los protagonistas de la epopeya emancipadora.

Esta empobrecedora visión sobre el proceso de liberación insular se consolidó durante la república burguesa. La conformación del panteón nacional implicó la instrumentalización del pasado en pos del afianzamiento del status quo. Los análisis iconoclastas - piénsese en

Raúl Cepero Bonilla y su célebre *Azúcar y abolición* - quedaban confinados a los márgenes.

La Revolución de 1959 heredó esta simplificadora visión sobre las Guerras de Independencia. Desde nuevas coordenadas ideológicas, se produjo una apropiación del discurso nacionalista que potenció la continuidad de interpretaciones de marcado maniqueísmo. La historia promovida por el nuevo poder no escapó a los lastres antaño estructurados. Las contradicciones clasistas, los conflictos raciales y las pugnas al interior del campo insurrecto quedaban opacados por la luminosidad emanada de la “gloriosa entrega” de los patriotas cubanos. Emergían pues, héroes de mármol alejados de las pasiones y mezquindades propias de los mortales.

Como parte de esa mirada aséptica sobre el accionar del independentismo, se reforzó la tesis historiográfica que responsabilizaba a la intervención norteamericana de 1898 por las insuficiencias de la República de 1902. La frustración de la revolución independentista emergía como resultado de la injerencia en la Isla del ascendente imperialismo estadounidense. Desde tal plataforma interpretativa, los mambises eran exonerados de culpas. La República de los “generales y doctores” quedaba de esta forma relativamente desconectada del proceso histórico que la había antecedido.

La citada tesis – historiográfica y política- fue puesta en solfa a mediados de los años 70 por Ramón de Armas en su célebre ensayo *la Revolución Pospuesta*. En dicho volumen, se presenta una visión mucho más compleja del independentismo finisecular, a partir de la indagación en torno a las agudas contradicciones clasistas que se dirimieron en el seno del mambisado. Para De Armas, estas pugnas resultaron decisivas en la frustración del proyecto revolucionario impulsado por Martí y los sectores más radicales del campo insurrecto. De la mano de las fuerzas más conservadoras del separatismo, la reconfiguración del escenario socioeconómico y político de la Isla quedó como aspiración no consumada.

La *Revolución Pospuesta* inicia con el examen de contexto latinoamericano de la segunda mitad del ochocientos. Ante el lector se subrayan las limitaciones del proceso emancipador de las posesiones hispanas en América, en cuanto a su incapacidad para propiciar la demolición de las estructuras sociales heredadas de la colonia. Las recién estrenadas repúblicas al sur del río Bravo resultaban nuevos caparzones políticos, funcionales a los sectores oligárquicos integrados en condición subordinada al sistema capitalista mundial. Apoyado en las sagaces reflexiones martianas, el autor caracteriza el accionar de las élites de subcontinente como reproductoras acríticas de los presupuestos teóricos postulados por el liberalismo. Desde esta plataforma ideológica, quedaban soslayados los secularmente preteridos intereses de los sectores populares, así como las aspiraciones de los núcleos burgueses desconectados de la actividad exportadora.

En un segundo momento, De Armas examina la por él denominada “neocolonia cubana”. Es en extremo sugerente su decisión de emplear el término citado para la caracterización de ciertos procesos económicos acaecidos en la Isla durante el siglo XIX. En su ensayo, la colonia –entendida como la sujeción política a España- coexistiría a lo largo del ochocientos con la paulatina estructuración del orden neocolonial, asumido este como la dependencia económica respecto al capital norteamericano. Tal sujeción permitiría entender la proyección de las élites de la Isla, las cuales quedaron entrampadas dentro sus estrechos nexos con la potencia del Norte.

Espacio de privilegio se otorga en el libro que me ocupa al proyecto revolucionario martiano. La labor del Apóstol en pos de la unidad de las fuerzas independentistas es valorada aquí en toda su dimensión. La compleja arquitectura orquestada por Martí en función de propiciar la confluencia de los más disímiles sectores sociales en torno al proyecto emancipador es presentada por De Armas como una manifestación elocuente del genio político del Maestro. En su opinión, no resultan válidos los criterios defensores de la presencia en Martí de

un discurso abocado a la conciliación de clases. Se manifestaría aquí la subordinación temporal de los conflictos clasistas ante la perentoria necesidad de dar término a la dominación colonial.

Como demostración de tal realidad se erigiría la crítica martiana a la realidad social de las naciones de la América Latina. De Armas expone el interés del Maestro por la conformación en Cuba de una república democrática que impidiera el empoderamiento de los sectores oligárquicos. Al mismo tiempo, recalca los cuestionamientos del más universal de los cubanos a la preponderancia y expansión del latifundio, entendido el mismo como fuerza constrictora del despegue de la pequeña propiedad agraria. Las páginas de la *Revolución Pospuesta* hacen explícita la profundidad de la vocación transformadora presente en el ideario martiano.

El núcleo del volumen reseñado es el examen del proceso que propició el desmontaje del proyecto revolucionario defendido por el Héroe Nacional. Junto a la temprana muerte del delegado del PRC, De Armas destaca el atrincheramiento dentro del Consejo de Gobierno de la República en Armas de fuerzas conservadoras vinculadas a los sectores burgueses. El accionar de estos grupos socavó las potencialidades de la contienda independentista para devenir prámbulo de las profundas transformaciones sociales que hubieran viabilizado la ruptura radical con el escenario colonial. El andamiaje jurídico conformado a lo largo del conflicto bélico resulta - desde su perspectiva - expresión de la derrota de los presupuestos del Apóstol.

Muy interesante es asimismo la reflexión que se propone en torno a la imposibilidad de los núcleos burgueses presentes en el Consejo de Gobierno para constituirse en burguesía nacional. Sus propios intereses de clase impidieron la conformación de alianzas con las capas populares representadas por el grueso del Ejército Libertador. Según De Armas, esta trágica realidad coadyuvó al éxito de las

maquinaciones que – en las postrimerías de la guerra - orquestaron la burguesía exportadora y los círculos de poder norteamericanos.

Igualmente es relevante el análisis que se emprende acerca de la derechización que se materializó en la dirección del PRC tras la muerte de Martí. El Partido y con posterioridad la Delegación cubana en Nueva York –ambas dirigidos por Tomás Estrada Palma- resultaron vehículo en la instrumentación de un conjunto de políticas coherentes con los intereses de los grupos más conservadores del escenario cubano.

De igual forma, merece destacarse el examen de la compleja interacción de la burguesía exportadora con el proceso emancipador. En el texto que se reseña, se presentan las diferentes opciones que en función de la preservación de su hegemonía asumió un sector de marcado sello antinacional. El apoyo a España mediante la militancia autonomista coincidió con la realización de gestiones anexionistas y el acercamiento a las filas del mambisado, esto último a fin de hacer suya una opción política con reales posibilidades de triunfo.

El complejo escenario que De Armas reconstruye – dentro del cual también se inserta la astuta política desplegada desde las administraciones de Cleveland y McKinley - permite dinamitar aquella visión que endilga a la intervención norteamericana en la guerra toda la responsabilidad por la frustración republicana. Del texto analizado se desprende que la República fue hija de la subversión del proyecto político martiano que asumía a la independencia como antesala de la revolución.

A cuatro décadas de la publicación de la *Revolución Pospuesta*, la historiografía cubana ha desandado exitosamente los caminos desbrozados por esta obra precursora. Algunas de las tesis esbozadas por su autor se han visto validadas y complementadas a lo largo de estos años. Entre los resultados investigativos obtenidos en esta dirección se destacan los estudios de Ibrahim Hidalgo y Antonio Álvarez Pitaluga.

De manera puntual quisiera hacer referencia al último libro del doctor Álvarez Pitaluga, pues el mismo aporta un matiz que enriquece sobremanera las conclusiones presentadas -a mediados de los 70- por Ramón de Armas. En *Revolución, hegemonía y poder*, Pitaluga subraya la necesidad de no circunscribir el fracaso de la Revolución del 95 al “secuestro” de la misma por parte de la burguesía insular. En su criterio, este proceso encontró decisivo complemento en la reproducción por los propios sectores populares de prácticas culturales legitimadoras de un esquema de relaciones sociales sustentado en el ejercicio de la dominación por parte de las élites. Para el también profesor de Universidad de La Habana, las clases subalternas fueron incapaces de construir un nuevo *sentido común* –dígase una nueva hegemonía cultural- que demoliera la estructura social conformada a lo largo de cuatro siglos de experiencia colonial.

Sin duda alguna, *La Revolución Pospuesta* goza de la privilegiada perdurabilidad de los clásicos. Las rutas abiertas por Ramón de Armas en el ya lejano 1975 resultan aún provechosos senderos para la indagación historiográfica. Las tesis contenidas en este medular ensayo son todavía objeto de enconados debates, lo cual corrobora la vitalidad que resuman sus páginas. Hónrese pues a una obra de tamaño trascendencia.